

Fascismo, neofascismo, postfascismo, populismo de derecha, extrema derecha... ¿vale facha?

Probablemente sí para entenderse rápidamente. No para comprender cómo funciona toda esta ofensiva mundial, de dónde viene, qué pretende, quién la vota y por qué; y, sobre todo, cómo combatirla.



Alejandro Miquel Novajra
Sindicalista de CCOO,
profesor de antropología en la UIB.

Naturalmente no pretendo hacer nada de eso en estas pocas páginas, pero sí empezar a responder, al menos, a dos de los interrogantes principales. 1) Por qué en España, cuando parecía inmune, “vacunada” contra esta avalancha a diferencia del resto de Europa. 2) Qué la voten personas que pueden obtener beneficios de clase, incluso de casta, estamento o individuales podría entenderse, pero que lo haga la clase trabajadora en una de sus peores correlaciones de fuerzas de los últimos 80 años.... Esta cuestión supone, en realidad, la clave de la respuesta a todas las otras.

El historiador Enzo Traverso rechaza la definición como fascistas o neofascistas de estas corrientes y partidos y prefiere la de postfascista por cuanto las condiciones históricas son diferentes, las actitudes y estrategias variadas y, esencialmente, hay cinco aspectos cruciales, de momento, novedosos: a) no niegan los poderes institucionales constituidos sino que buscan ocuparlos; b) no existen -como en las



décadas 20-30 del siglo pasado- movimientos de masas neofascistas como tales, organizados y que trasciendan el marco electoral; c) en relación directa con este aspecto, los votantes-participantes aparecen individualizados y fragmentados; d) en coherencia con la defensa, explícita o implícita, no ya sólo del neoliberalismo como forma dominante del capitalismo, sino como la propuesta de sociedad que implica: individualización extrema, ruptura de cualquier proceso comunitario, la razón económica centrada en la competencia constante como único marco de la existencia.

No obstante, la matriz fascista continua en su base y un éxito electoral en sus plazas más Fuertes podría originar su consolidación como neofascista aplicando de manera más descarnada, ya fuera de la vieja idea misma de la UE, conceptos y prácticas bien conocidas: las formas clásicas de rechazo -racismo y sus evoluciones: xenofobia, etnofobia, islamofobia, extranjerización fija- continúan sirviendo para crear las fronteras físicas, morales e identitarias. El relato contrahistórico de la construcción autónoma de los pueblos -la idea misma de pueblo como continuidad cerrada e infinita- en la forma de neonacionalismo natural, obviando que es precisamente el proceso migratorio el que lo hace siempre, alimenta el mito



de la unitat ètnica superior defensora contra qualsevol "agresió" externa. La possibilitat de usar la democràcia formal per aconseguir el control de les institucions per eliminar-la després, no apareix descartable. Finalment, la invenció constant de la seva pròpia realitat en tant que alguna cosa homogèniament inalterable, negant així la objectivitat i la pluralitat dels seus components més clars, substituint els conflictes estructurals (els interessos contrapostos de classe) per mites agrupatius tancats en la diada líder-poble rebutjant, al mateix temps, tota forma d'autonomia organitzativa. O la religió integrista, directament, o com a base de la idea de puresa ètica consubstancial a la de cristiandat i el machisme negacionista que construeix socialment a la dona com a complementària, suplementària i propietat jurídica de l'home.

Trump, fill avançat del capitalisme desregulat on la corrupció no és l'excepció, sinó la raó mateixa de ser, s'erigeix en el representant de la seva víctima privilegiada, la classe obrera blanca americana, i presideix des de fa 4 anys els EUA. En el seu propi continent segueixen la seva senda Bolsonaro a Brasil, Piñera a Xile (cuna de la primera experiència brutal -i de moment continuada- del neoliberalisme durant la dictadura), etc. Tots arriben mitjançant el sistema for-

malment democràtic dels seus propis països: també a Filipines, Israel i a l'ex Europa del nord, amb la connexió del vell pacte de Visegrado (Txèquia, Eslovàquia, Hongria, també Polònia) amb països escandinavs, els antics Balcanes, Centreeuropa (Alemanya, Àustria... i sobretot Le Pen, per segona vegada a la segona volta de les presidencials), la Lega Italiana, Amanecer Dorado a Grècia o Erdogan, integrista privilegiat aliat de l'OTAN.

L'excepció és Espanya (també Portugal, de la qual ningú se'n recorda o se'n vol acordar: és, efectivament, diferent), indemne, on tota la dreta ex, post franquista ha estat ja filtrada i domada a l'PP: la dreta civilitzada a l'europea. La dictadura més llarga i brutal d'Europa, l'exemplar, la reconciliació. La desaparició de la estructura de règim dictatorial i la seva domesticació "democratitzada" ¿és o ho és això veritat? La arribada galopant de VOX sembla desmentir-ho; encara que en realitat VOX, també aquí com a en el rest de Europa, no és la causa sinó tan sols un símptoma; però a Espanya hi ha alguna cosa més. La transició, és cert, va permetre alguns canvis; però també va impedir d'altres i no va recuperar tant com a vegades se'n diu ni va recuperar la història truncada pel cop del 36 i els 40 anys següents: avui dia seguim sent el segon país del món amb el major nombre de desapareguts. L'administració, algunes institucions i moltes de les xarxes clientelars del franquisme van romandre, en ocasions, travestides. L'exercit va canviar de base, però seguim veient el manteniment de sages familiars i línies de successió als mandos; la UMD mai va ser reconeguda com a tal dins l'exercit, pocs dels seus membres van ser plenament reincorporats als seus llocs i posicions i en absolut va suposar la base del necessari canvi als 80 i 90. L'església catòlica, sobretot la jerarquia, no ha perdut completament el seu caràcter d'ideologia del règim; fins i tot va canviar alguna cosa abans i durant la primera transició (Tarancón) que després i ara (Rouco, Cañizares). El concordat s'ha anat fortificant i els privilegis diferencials i un alt grau d'autonomia i fins i tot impunitat, continuen. La seva constant vinculació amb les posicions més reaccionàries i la seva constant intervenció a l'esfera pública, són evidents. La judicatura, és veritat, s'ha obert i democratitzat a la base, però no així a les cúpules: la forma d'elecció i nomenament influeix, però les cadenes plurigeneracionals i els antics sistemes d'institucions "paral·leles" continuen funcionant. Institucions tan poc transparents i controlables com les Diputacions semblen, a vegades, ser les preconstitucionals per la seva composició i el seu que fer a algunes províncies.



Hay todo un sector empresarial que, incluso desde la opinión del empresariado más internacionalizado, sigue vinculado a sus orígenes franquistas, tanto desde la perspectiva personal como sectorial. Algunas instituciones bancarias, pasando por grandes y medianas constructoras, concesiones y resultados de privatizaciones de sectores estratégicos anteriormente estatales o algunos medios de comunicación siguen, al menos, impregnados de las viejas formas de hacer y, sobre todo, de impedir hacer. Finalmente, organizaciones políticas, parapolíticas, culturales, en su totalidad o de manera parcial, abiertamente (la fundación Francisco Franco) o en marcos más modernos y aparentemente menos vinculados a la dictadura en los 70 (¿FAES?) han venido dando cobertura, manteniendo discursos, recogiendo nuevas herramientas de difusión (diarios, internet, tweeter, Instagram, YouTube; sobre todo YouTube: la imagen entra y se incorpora con mayor facilidad sin necesi-

dad de ser constatada y analizada conscientemente) y nuevos-viejos mecanismos de construcción de mensajes claros simples, primarios y protectores: la mentira, la falsedad, la negación de los datos, la complicidad con las intuiciones contrafácticas a su vez previamente construidas, el simulacro que crea la realidad.

A estas formaciones de ultraderecha aquí, y en Europa, les está votando también parte creciente de la clase obrera; a menudo, la más duramente golpeada por la crisis.

El neoliberalismo global, la última mutación del capitalismo, está en la base de la explicación. Porque, además, que la razón económica neoliberal impere supone mucho más: una sociedad neoliberal centrada en la fragmentación, la individualización, el reconocimiento sólo de los éxitos económicos, la negación de los conflictos estructurales, la destrucción de lo común y colectivo, la privatización de

todo, incluyendo, sobre todo, a las personas: del homo oeconomicus del capitalismo regulado, al hombre empresa (la oposición capital/trabajo queda así ideológicamente disuelta). El nombre mismo de clase obrera, trabajadora, asalariada se volatiliza mientras el trabajo, incluso el en gran parte mal o directamente impagado, se sitúa en el centro de todo. Las desigualdades crecientes, ante la derrota de las viejas organizaciones, no impulsan a mirar a sus causas sino a este y otros mitos "protectores": la nación étnica y cerrada común, el apoyo popular al líder salvador, el enemigo exterior. El nuevo discurso del trabajo arma el voto más reaccionario; la escasez del "bien natural" del empleo se debe al enemigo: migrante, mujer que no reconoce su "espacio natural" en el mundo, pobres, refugiados. Las vías de acumulación capitalista, por desposesión ya también de lo que había sido la base del estado del bienestar, exigen "gobernanzas" de máxima eficacia económica y formas autoritarias más allá del estado democrático; incluso el formal burgués. Reformas laborales severísimas, restricciones de la acción política deliberativa, retrocesos en los derechos efectivos de huelga, manifestación, reunión, organización. Incluso el negacionismo (a la explotación de la gente, a la explotación y destrucción del medio, al cambio climático o las propias acciones antidemocráticas desde agencias incontrolables y fondos de inversión) que se atribuye como novedad a los tweets de Trump o a los discursos postfascistas en Europa, existe hace tiempo en el sistema: negación de las enfermedades laborales, de la esquilación acelerada de recursos, de la responsabilidad del extractivismo que, desde hace décadas, ya ni siquiera es productivismo; de la pérdida de la política democrática y su substitución por la tecnocracia...profundamente autocrática.

Sus votantes votan "a la carta": según sus temores y su sentimiento de inseguridad sean más manejables. Los postfascistas, por sí mismos pero también dentro de la internacional que les dota de argumentarios ayudan en gran medida a la legitimación y al ocultamiento de la nueva sociedad neoliberal global, negando de primeras aquello que apoyan: dicen, o mejor escriben, estar en contra del establishment burgués cosmopolita y global, que se alía con el feminismo (feminazis, rebautizan), la ideología de género, el multiculturalismo protector de los vagos, extranjeros e invasores peligrosos. Y ante una competitividad descarnada y sin red de seguridad, ofrecen el securitarismo (más policía dentro y ejército y patrulleras en las fronteras) que ayuda a "resolver" las recién creadas necesidades psicológicas colectivas de este extraño tipo de comunidad: colectivo cerra-

do sin posibilidad de relación colectiva. Dicen, con aplauso -o algo más- neoliberal, que no hay alternativa: liderazgos, autoritarismos ejecutivos que salten la legalidad ("no votéis a los políticos chupasangres, votadnos a nosotros para gobernaos; reducid o eliminad parlamentos, referéndums, debates que son sólo pérdidas de tiempo"). La relación con el líder debe ser inmediata, sin instituciones democráticas, sin prácticas políticas democráticas. De hecho, esas prácticas se ajustan mal a los requerimientos empresariales y las nuevas formas de trabajo y explotación. Los discursos conservadores violentos se recuperan bajo nuevas formas: la actitud eurocéntrica, racista, patriarcal que articuló la dominación colonial, se sitúa ahora en la protección de las fronteras exteriores -e interiores- contra extranjeros totales y "parciales": las mujeres que pretenden autonomía, los pobres, las minorías étnicas. La religión, la tradición seleccionada e inventada, el discurso del miedo, la difamación, los modelos de sumisión junto con los de explotación necesaria- sin nombrarla o negándola mientras se ejerce. Todos o cada uno de estos posicionamientos ofrecen una ilusoria protectora posibilidad a poblaciones de trabajadores y trabajadoras que buscan algo de seguridad en un universo que se legitima mediante su opuesto: el securitarismo. Ah, y claro: la lucha contra el "monstruoso" nacionalismo "periférico, irracional y antidemocrático" mediante banderas rojigualda de 50 m2, himnos de la legión, oeh, ohe, ohes, alzamientos de brazo enhiesto, misas, obispos...Pura racionalidad de la modernidad cosmopolita europeísta...ah, que se rechaza por desnaturalizar la eterna y cristiana raza hispana: sólo federación de antiguas, nobles y arias naciones.

Como bien decía Walter Benjamin a finales de los 40, no se puede abordar la cuestión del fascismo sin cuestionarse el capitalismo. Por eso, el análisis y la acción no deben mantenerse en una mal entendida periferia -la extrema derecha- sin leer antes la historia, los programas, las prácticas de los gobiernos y partidos, no sólo de la derecha, que han ido asumiendo, no siempre a disgusto, muchos de los principios ahora -¿cínicamente?- rechazados. El fascismo, nos dicen los clásicos, es la opción de la burguesía asustada. Ahora ya no se trata de reprimir a los movimientos revolucionarios obreros radicales y progresistas que recorrían la Europa de entreguerras, sino de disciplinar completamente a una clase política, ideológica y culturalmente dominada, robándole su historia, su discurso y sus herramientas. Una clase derrotada duramente en algunas batallas, pero vencedora de otras y aún en pie. No hay otra; y le va la vida. La del 99,9% de la humanidad. ■